

Educación (Inducción) para el diálogo Interreligioso.

+Walter Guillén Soto,sdb
Primer Obispo de Gracias,
Invitado por la Conferencia Episcopal de Chile
26 de octubre de 2022

Muchas gracias por la invitación a participar en la décima versión de su congreso nacional de educación católica con una reflexión sobre cómo educar para el diálogo interreligioso. En mi país, Honduras, soy el obispo responsable del ecumenismo y el tema me interesa mucho. Gracias por invitarme.

1. Contexto de beligerancias

Todos creíamos que quizá la pandemia cambiaría o mejoraría la situación sociopolítica internacional; todos pensábamos que estábamos ya viviendo un estado de meseta posterior a los conflictos mundiales y a la inveterada tensión de bloques; todos creíamos que con la globalización de la economía, como si esta fuese la panacea, ya estaríamos del otro lado del “choque de civilizaciones”. Y no!

Los conflictos prevalecen, guerras y tensiones armadas existen y se multiplican, no tenemos en el globo terráqueo una paz estable y la convivencia de las religiones (aunque sea a manera de connivencia) se vuelve cada más frágil y escasa.

Cuando leemos noticias y confirmamos hechos de sangre en torno al tema religioso nos damos cuenta que se hace urgente plantearnos la educación en el diálogo intercultural e interreligioso. No se trata de pretender conseguir aquí el elixir mágico de un irenismo interreligioso; sería iluso pretenderlo sin trabajarlo y sin proponerlo. El camino para armonizar los estereotipos religiosos, sin que estos sean ocasión de conflicto ni segregación, es el del diálogo “educado”, morigerado y equilibrado por el principio del respeto y la mutua aceptación entre culturas y credos.

2. Sinodalidad, diálogo y encuentro

Como ahora todos estamos familiarizados con el tema de la sinodalidad en la Iglesia, es más fácil aplicar esta receta (la sinodal) al ámbito ecuménico de la escucha, el mutuo reconocimiento, el respeto del otro, su sentir, su pensar y su ser. Nos servirá este punto más adelante, en esta ponencia, para enfocar nuestro objetivo.

Hay que tener en cuenta que estamos en un argumento decisivo de cuya solución depende la paz en el mundo y utilizar como un tinglado improvisado el ámbito escolar no es del todo acertado si no lo hacemos con verdadero cuidado, paciencia y honestidad antropológica. Porque para educar al diálogo interreligioso se supone un esfuerzo

exigente y desgastante que reclama considerar nuestros programas formativos no sólo en sus contenidos conceptuales, filosóficos y deontológicos sino también psicológicos: de orden integrativo, comunicacional y actitudinal para facilitar la cohesión, el aprecio sincero y la amistad entre fieles de creencias diversas entre los cuales no quepa ni siquiera la idea de una confrontación por patrones religiosos. Me imagino que a esto queremos llegar, considerando el diálogo como el sustantivo y el verbo sustantivado de esta ponencia.

Como premisa, casi con antipación y con prisa, diré que sin reciprocidad no hay diálogo y que nos falta una fundamentación filosófica suficiente para hablar de diálogo sin caer en la manipulación, la retórica y la verborrea. Quiero por eso abstraerme un poco —no sé si sustraerme— de las ciencias de la educación y de la neuropedagogía para darle al tema un enfoque que a mi gusto tiene una vena filosófica y que por no estimarla lo suficiente no hemos tenido éxito al tratar el tema del diálogo intercultural y, su gemelo, el diálogo interreligioso. Ahora me pongo la toga de filósofo, por un momento. Permítanme.

Insisto en que es idílico pensar que **educar para el diálogo interreligioso** es un asunto de buena voluntad, de mutuos acuerdos y de una acomodación estética de piezas diversas para que armonicen entre sí, como los adornos que ponemos en la decoración de nuestras casas. No. Detrás de cada sujeto que dialoga o no dialoga existe un esquema mental, una visión del mundo, una sensibilidad, un patrón conductual, un bagaje de creencias, conceptualizaciones, conjugaciones y valoraciones de orden moral, paradigmas que tocan la vida, la muerte, la felicidad, la justicia y el concepto básico de hombre, familia y sociedad. Y de todos estos factores es que surge para cada religión una determinada forma de concebir a los fieles de otras religiones y de convivir (es decir, tolerar y compartir o no tolerar ni compartir) la experiencia religiosa de los demás.

Por formación sabemos que “Las modalidades del diálogo entre los creyentes pueden ser diversas: hay un diálogo de la vida, compartiendo alegrías y dolores; existe un diálogo de las obras, colaborando en orden a la promoción del desarrollo del hombre y la mujer; existe un diálogo teológico, cuando es posible, con el estudio de las respectivas herencias religiosas; existe el diálogo de la experiencia religiosa.” (Congregación para la educación católica, educar al diálogo intercultural en la escuela católica, 28 octubre 2013, n. 14).

También tenemos claro que cuando hablamos de diálogo interreligioso no estamos hablando de una alquimia que da como producto homeostásis y tranquilidad imperturbables. Que si hablamos de diálogo lo hacemos entendiéndolo —como dijo Benedicto XVI: “no como un acuerdo, sino un espacio para el testimonio recíproco entre creyentes que pertenecen a religiones distintas, para conocer más y mejor la religión del otro y los comportamientos éticos que ésta conlleva. Por el conocimiento directo y objetivo del otro y de las instancias religiosas y éticas que especifican su credo y praxis, se acrecientan el respeto y la estima recíprocos, la mutua comprensión, la confianza y la amistad. «Este diálogo, para ser auténtico, debe ser claro, evitando relativismos y sincretismos, pero animado de un respeto sincero por los otros y de un espíritu de

reconciliación y de fraternidad». (.BENEDICTO XVI, Discurso al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede (7 de enero de 2008).

3. Sinodalidad dialogal interreligiosa desde la Filosofía

Desde la filosofía de la educación se mira la labor escolar, con todos sus nudos y redes de acciones y tareas, como el mejor cauce por el cual encaminar los esfuerzos sinceros por atemperar las tensiones y las agresiones en el amplio y dilatado espectro de las religiones en el mundo. Sería un “cuento de camino real” imaginar que la paridad y la reciprocidad entre los fieles de las distintas religiones obedeciera solo a cartas de mutuo entendimiento, a decretos, canciones con sabor infantil y pactos globales en los que nadie cree. Sabemos que no, que eso así no funcionaría ni en un kindergarten porque detrás de los niños están los padres y cada uno es portador de unas convicciones y de una herencia religiosa per se. Sin embargo, sí es realístico pensar en construir desde la escuela un nuevo esquema de diálogo entre culturas y religiones basado en la reconciliación, la fraternidad, la personalización e individuación del ser humano como sujeto.

Creo que hasta aquí estamos todos de acuerdo. Pero en lo que podemos discurrir más es sobre cuál es el punto de partida de este diálogo y yo quiero partir de la filosofía. Perdónenme que me ponga la toga de profesor de filosofía, aun cuando soy solo un diletante en la materia. Perdonen la presunción.

4. La relación inter-personal como requisito de todo diálogo intercultural e inter-religioso en Paul Ricoeur. Bases conceptuales.

Soy un discípulo de segunda generación, por afinidad, de Paul Ricoeur. Conocerlo me ha permitido aplicar la reflexión filosófica de Ricoeur en otras ocasiones sobre los conceptos de “familia, persona y sociedad”.

Para quien no sepa y quizás corra a algún motor de búsqueda a averiguar de soslayo quién es Paul Ricoeur, quiero decirle que él es un humanista, luterano de religión, que recibió el premio Pablo VI de manos de San Juan Pablo II. Uno de los méritos de este gran humanista es que su obra resalta la fecunda relación entre filosofía y teología, filosofía y educación, entre fe y cultura; su obra “puede ser considerada fiel expresión de la filosofía del siglo XX y exponente paradigmático de un nuevo talante filosófico para el siglo XXI”. Este es el juicio valorativo que hace el profesor Marcelino Agís (Conocimiento y razón práctica. Un recorrido por la filosofía de Paul Ricoeur, p. 13.). Sin más, yo estoy convencido de eso.

Para mí, hay dos razones para iluminar mi exposición, con el pensamiento de Paul Ricoeur: primero, por su aportación generosa al diálogo entre católicos y reformados y porque él hace del diálogo interreligioso y, porque en el terreno de la Filosofía, lo más obvio, su pensamiento sintoniza perfectamente con el espíritu y principios basilares del humanismo cristiano en el tema del diálogo y la mutualidad constructiva entre las religiones. El está convencido de que para dialogar es necesario reconocer al otro como

a sí mismo. Para él, no habría espacio a un verdadero ejercicio dialogal entre personas civilizadas sin un trabajo de educación, formación, crecimiento, maduración y perfección de sí mismo sobre sí mismo (soi sur soi): “Yo no me he creado a mí mismo” (Dufrenne, Mikel y Ricoeur, P., Karl Jaspers et la philosophie, pp. 341.348. 351.) Y también : “Llego a ser yo mismo por la mediación del otro, pero llego a serlo porque lo era” (Dufrenne, M. et Ricoeur, P., Philosophie de l’existence, p.161.).

Rodeos variados y abundantes por aquella filosofía y por este paradigma fueron construyendo en Ricoeur el tríptico Persona, Familia, y Sociedad que es el contexto natural de todo diálogo posible. Al releer y estudiar sobre el tema he reafirmado mi convicción sobre la coherencia y la solidez del tríptico y por ello quiero compartir mis percepciones acerca de fortalezas de lo que puede ser un ingrediente efectivo para componer la fórmula de una educación para el diálogo interreligioso.

En todo diálogo se da una vivencia, se establece también un ejercicio intelectual de la vía larga del pensamiento. Ir y venir y retornar sobre un asunto... hallar siempre vacíos y posibilidades de integración y de nuevos alcances y hacerse consciente de aportes ajenos y generosos para tenerlos en cuenta.

Estos rodeos, nunca definitivos, sino en búsqueda de una performatividad continua, se transforman en confianza razonable ante el otro ser humano-persona, ya que siempre hay una comprensión nueva de la vida y de sus circunstancias complejas. Al respecto sentenció Ricoeur: “La desesperación no puede ser última, sino antepenúltima” (Le chrétien et la civilisation occidentale”, en Christianisme social). Siempre hay oportunidades para realizar el tríptico mencionado desde el diálogo. Yo sumo, para el caso, la escuela. Entonces diría, y nos viene bien: persona-familia-escuela y sociedad.

Percepción de la fortaleza del planteamiento ricoeuriano son las referencias actualizadas, tanto de Ricoeur como de textos de estudiosos y comentaristas, y una significativa bibliografía latinoamericana sobre el filósofo.

5. Apertura y receptividad, condición dialógica para el encuentro entre personas de diferente religión

El itinerario filosófico de Ricoeur está entrelazado con el de otros autores existencialistas. De Gabriel Marcel recreó la preocupación por las situaciones históricas concretas, por la persona singular y por temáticas como el compromiso, la responsabilidad, la llamada, la respuesta, la intersubjetividad, la presencia, el respeto, la apertura al otro, la comunicación, la disponibilidad, el encuentro, la promesa y la traición, la fidelidad y la hospitalidad. Expresiones de Karl Jaspers sirvieron a Ricoeur en sus rodeos: “La verdad es pues indisociable”.

Emmanuel Mounier influyó con su apasionado interés por los problemas de quienes se le acercaban y por el futuro. “La persona se muestra, se expresa: hace frente, es rostro”, escribió Mounier (Mounier, E., Manifiesto al servicio del personalismo. p.74.) y ello, mediante un término griego, que a Ricoeur le genera la idea de persona como “representación, como representante vicario, en una palabra, como actor a diferencia

del autor, propietario de sus palabras y de sus acciones” (Caminos del reconocimiento, p.177). Ricoeur subrayó la convicción mouneriana sobre la persona como dinamismo comunicacional con su correlato en la comunidad.

Ricoeur compartió junto con Emmanuel Lévinas la incompreensión en los años en que imperó el estructuralismo, y fue la preocupación de él no desarrollar la ética, separada de la política; no aceptó que pudiese haber una ética sin ontología ni con el vaciamiento del ‘yo’ de toda consistencia como resultado de la absolutización de la alteridad. Esto es importante, porque en el momento del diálogo la persona no tiene que renunciar a sí misma, vaciarse de sus antecedentes ni sacrificar su convicciones. No, tampoco en el diálogo interreligioso.

Porque “... la claridad del diálogo comporta, ante todo, la fidelidad a la propia identidad cristiana. «Los cristianos proponen a Jesús de Nazaret. Él es, así lo creemos, el Logos eterno, que se hizo carne para reconciliar al hombre con Dios y revelar la razón que está en el fondo de todas las cosas. Es a Él a quien llevamos al forum del diálogo interreligioso. El deseo ardiente de seguir sus huellas impulsa a los cristianos a abrir sus mentes y sus corazones al diálogo (cf. Lc 10,25-37; Jn 4,7-26)»(BENEDICTO XVI,Discurso a los participantes en el encuentro inter-religioso, Washington (17 de abril de 2008).

6. El Sí reflexivo

En esta época de lo egológico, el de sujetos pensantes (como decía Descartes), cunde en el mundo una concepción solipsista del ‘yo’, fundamento ‘sólido’ de los discursos políticos, muy mesiánicos por cierto. Ricoeur batalló contra ese ‘yo’ especialmente con su hermenéutica del sí que se “encuentra a igual distancia de la apología del Cogito que de su abandono” (Sí mismo como otro, p.XV); Ricoeur lo precisó así: “el término sí (soi) evita caer en la reducción a un yo centrado en sí mismo” (Amor y justicia, p. 107.), porque transita del ‘yo’ (puedo) o “posición inmediata del sujeto” a la “mediación reflexiva” del soi (sí)” (Sí mismo como otro, p. 11.). Todo este trasegar en torno del ‘yo’ hizo posible ir “del pensamiento a la acción, (para abordar) al hombre como actor de sus actos. Su hermenéutica se caracteriza por: “el rodeo de la reflexión mediante el análisis, la dialéctica de la ipseidad y de la mismidad, en fin, la de la ipseidad y de la alteridad” (Sí mismo como otro, p. XXIX.), los cuatro niveles entrelazados: hombre hablante, hombre agente/sufriente, hombre narrador y hombre responsable y tres preguntas claves — para entablar un diálogo— con las que trabajó y que le brindaron pistas y hallazgos en su vía larga: ¿Qué, por qué y quién?

La muerte del personalismo fue un para Ricoeur “registro de un hecho cultural... (o, tal vez era la aspiración/decisión clave) quizás vale más que muera, para que...” (Amor y justicia, p. 95.) “vuelva la persona”, porque seguía “siendo el mejor candidato para sostener los combates jurídicos, políticos, económicos y sociales evocados; quiero decir, un candidato mejor que las otras entidades que han sido objeto de las tormentas culturales evocadas anteriormente. En relación a ‘conciencia’, ‘sujeto’, ‘yo’, la persona aparece como un concepto superviviente y resucitado” (Amor y justicia, p. 98-99).

Para enseñar el diálogo en la escuela, se hace necesario que también la familia y la sociedad sean laboratorios permanentes y polivalentes para ejercitarse en el diálogo porque la escuela no puede pretender enseñar el diálogo —ningún diálogo— sin el contrafuerte de la familia y la sociedad. Decía Ricoeur —para seguir el hilo del tema con él— que la constitución del “sí mismo” como persona entraña la persona, y que es su identidad (identidad-ipse), o ipseidad, lo que hace la persona un ser singular, o lo que es lo mismo, que la identifica como un ser único e irrepetible, y no solamente lo individualiza... Esta dimensión no sólo es moral, sino que también es ontológica: mantener el compromiso es mantenerse a sí mismo. Por esta vía, es además ética pues esto conlleva a ser dueño de sí” (De la métaphysique a la morale, pp. 468. 476).

Y es en este poste fuerte y bien plantado, el de la ipseidad, el del ser uno mismo, ser sí mismo, como podemos reconocer la alteridad, es decir la ipseidad del otro, y todo el respeto que esto deriva. Al salir al encuentro del otro, el encuentro entre la ipseidad (mía) y la alteridad (del otro) hemos llegado a encontrar el camino para salir del monologismo y para adentrarnos en lo pre-dialogal y dialogal. El extranjero, el que no tiene mi cultura, el que no practica mi religión es también el otro, es un sí mismo. Y la convergencia entre el yo de la ipseidad y el tú de la alteridad se alcanza cuando se transita una especie de puente entre yo, tú y nosotros con “el diferente”, a través del diálogo.

Al darse la comprensión filosófica definitiva de ipseidad (mía) con alteridad (del otro y de los demás), llegamos al siguiente apotegma: “No hay ‘otro’ si no hay mismo y viceversa” (Amor y justicia, p. 102.). Esto no es asunto polisémico, sino educativo, pedagógico, básico, muy importante para esta ponencia, porque así nos aplicaremos a orientar y a formar a los alumnos a evitar la equivocidad entre el sí mismo y el otro para que el diálogo interreligioso en la escuela no sea pretender que uno sea igual al otro para que sea idéntico.

En la interlocución de un diálogo, enseña Ricoeur, los hablantes e interlocutores emplean palabras con las que indican o manifiestan sentidos, unívocos, equívocos o análogos, que caminan en dirección del encuentro, de la constitución de un nosotros. Pero la conclusión no es: nosotros dialogamos, somos interlocutores bien educados, respetuosos y nobles, pero para llegar a un acuerdo (llámese respeto y entendimiento) es necesario que cada uno renuncie a su ipseidad (la del hablante o del agente) y conformemos un nosotros indeterminado y generico. Esto sería una aberración del diálogo. No se debe perder todo lo propio, dejar de ser “sí mismo” para convertirse en todo lo demás.

7. Enseñar filosofía en la escuela para fundamentar el valor de un nosotros pluralista y diversificado.

La humanidad es el proyecto humanista, no la persona. Dice Ricoeur (2004), que el diálogo es posible solo entre personas libres y entre semejantes: para empezar un diálogo he de estar libre de prejuicios y de cargas negativas que matizan ásperamente cualquier intento de hablar entre dos personas.

Para dialogar la escuela debe trabajar mucho las capacidades individuales y capacidades sociales. El listado de las individuales incluye: poder decir-hablar– expresar; poder hacer-actuar–obrar; poder contar y poder contarse; poder responder por los propios actos o la imputabilidad; poder acordarse y prometer, y, poder estimarse. Las capacidades sociales se integran en las prácticas sociales y las representaciones colectivas, que son una transición entre el reconocimiento de sí y el reconocimiento mutuo.

Haber eliminado de nuestros programas educativos la Moral y la Cívica, así como la Filosofía, nos ha hecho mucho daño. No tenemos herramientas para intervenir educativamente en situaciones de conflicto; no sabemos cómo echar a funcionar la sabiduría práctica o phrónesis ‘pública’ que deja a la persona quedar a merced de situacionismos en los que las decisiones llegan a ser arbitrarias y miopes.

Cuando educamos a 50, a 100 o 500 alumnos, estamos educando a la humanidad. El efecto del acto educativo en un aula es gigantesco, insospechado. Por eso es que no podemos renunciar a retomar la filosofía como un valor agregado al trabajo educativo. No trabajamos masas, metales, ni materias informes, sino personas concretas, las cuales también pueden tener una “religión” distinta entre sí. Pero mientras tengamos claro que así como la semántica identifica la persona como individuo “de un cierto tipo”, como “un particular de base”, la persona es una de los sujetos de los ‘que hablamos, una entidad a la que hacemos referencia’, que adquiere un “estatuto lógico elemental” de tercera persona (él, ella) característico del relato. En la pragmática la persona transita desde ser cosa de la que se habla hacia el estadio en que es “designada como sí mismo”. Es una persona que puede decir, hacer, contar y contarse, que es imputable y puede recordar, prometer y asumir compromisos, es decir, puede establecer relaciones, ‘cortas’ de persona a persona, y ‘largas’ de relaciones institucionales (Historia y verdad, p.94.)

8. Ni los mismos ni diferentes, sino personas

Ya concluyo, no por el tiempo, sino por el miedo de no haber dicho nada. Quiero sostenerme en el principio ricoeuriano de que si queremos propiciar una educación que ofrece oportunidades y formas pedagógicas para el diálogo interreligioso, es necesario reforzar humanísticamente todo lo que se refiere a la personabilidad, a la alteridad, a la mismidad y a la reciprocidad interpersonales.

No podemos enseñar un diálogo interreligioso sino somos capaces de enseñar el diálogo interpersonal, que parte de un reconocimiento de sí, alcanza el reconocimiento mutuo y, al final, el reconocimiento del otro. El que dialoga no solo es locutor (porque habla) sino también es actor (porque piensa, decide y hace). Por eso, remarco las tintas en esta frase de Paul Ricoeur: “En el reconocimiento que los otros efectúan termina “el recorrido del reconocimiento de sí mismo” (Caminos del reconocimiento, p. 196).

Tema sugerente el de la escuela hospitalaria, corolario lógico de integrantes abiertos, con portones y ventanas de par en par, que no necesitan de lenguajes verbales para hacer seguir a los visitantes, a los que hacen huéspedes y con quienes van tejiendo redes de familias con características similares no obstante las diferencias (de religión, por supuesto). La familia y la escuela cuando establecen lazos de comunicación proactivos se integran en un fundamental y primer taller donde se va bocetando cada retrato de persona capaz. Es también la familia un escenario donde se recibe la educación para la ciudadanía, para la convivencia, para el espacio público, educación para la soledad y para la autonomía personal, educación para el respeto y la convivencia interreligiosa.

Una Escuela, cualquiera sea su nivel o status, es una institución es una empresa de cooperación básica para la humanización de los individuos. Existe, por tanto, una obligación de reciprocidad para las personas: las instituciones le sirven y ella debe servir a las instituciones, por eso se proyecta a la sociedad como una entidad confiable en la que se enseñan los distintos saberes, también saber dialogar sobre mi religión, la religión del otro y la religión de los demás.

Finalmente

Dedicarnos pedagógicamente a delinear y trazar esquemas hipotéticos para llegar a establecer caminos seguros de una “educación para el diálogo interreligioso” requiere un enfoque múltiple y sería estupendo considerar lo que hoy he dicho sobre la importancia de una Filosofía de los pronombres personales, en donde se establezca que no somos ni iguales ni diferentes sino personas. La belleza del diálogo, su honestidad y su eficacia será positiva y duradera si hay en la base de todo intento de encuentro interpersonal un respeto recíproco que no trata de cambiar la identidad de las creencias del otro ni pretende hacerle renunciar a sus herencias religiosas; me parece que ésta es la condición indispensable para que desde una acendrada relación inter-personal pasemos a la educación intercultural y propiciemos el diálogo inter-religioso.

Muchas gracias.

Bibliografía

CAFFIN, G.; BÉNÉDICTE DE SAINT-AMAND, A. (2000): Pedagogía del diálogo interreligioso, Barcelona, Edebé.

DOSSE, F. , Paul RICOEUR, Los sentidos de una vida, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de España, Buenos Aires

GUILLEN SOTO, W. Persona, familia y sociedad en Paul Ricoeur, Santiago de Compostela, USC, 2017

LEVINAS, E. (1987): De otro modo de ser, o más allá de la esencia, Salamanca, Sígueme

MARTÍN VELASCO, J. (1991): El Mal en las religiones, Revista Española de Teología 51,177-213.

MOUNIER, E. (1986): Manifiesto al servicio del personalismo, Madrid, Taurus

PANIKKAR, R. (2001): Il incontro indispensabile: dialogo del/e religioni, Milán, Jaca Book

TORRADEFLOT, F. (ed.) (2002): Diálogo entre religiones. Textos fundamentales, Madrid, Trotta.ag

RICOEUR, P. Dufrenne, Mikel y Ricoeur, P., Karl Jaspers et la philosophie ;

Dufrenne, M. et Ricoeur, P., Philosophie de l'existence ; Amor y justicia; Sí

mismo como otro; Finitud y culpabilidad ; Caminos del reconocimiento;

Política, sociedad e historicidad; De la métaphysique a la morale; La crítica y

la convicción